

PIROCROMO

Revista estudiantil

Número 34 / Julio-Diciembre 2025

Publicación de la carrera de Letras Hispánicas



DIRECTORIO

Dra. Sandra Yesenia Pinzón Castro

Rectora

Dra. Blanca Elena Sanz Martín

Decana del Centro de las Artes y la Cultura

Dra. Adriana Álvarez Rivera

Jefa del Departamento de Letras

Dr. Ismael Manuel Rodríguez Herrera

Director General de Difusión y Vinculación

L.D.G. Genaro Ruiz Flores González

Jefe del Departamento Editorial

Dra. Sandra Reyes Carrillo

Coordinadora de las Revistas

para la Licenciatura en Letras Hispánicas



Imagen de portada:

OMEN

Samanta Macías

PIROCROMO

Editor:

Saúl Abraham Morales Piña

Editor adjunto:

Itzel Román Álvarez

Consejo editorial:

Dalia López Palomo

Danna Paulette del Río Guillén

María Alejandra Mendoza González

Merari Estefanía Martínez Reyes

Rebeca Valeria Rodríguez Bonilla

Sara Juliette Martínez Delgado

Verónica Hernández Núñez

Diseño gráfico:

L.D.G. Genaro Ruiz Flores González

Maquetación:

Louisa Fernanda Pérez Salas

Contacto

revistapirocromo@gmail.com

<https://revistas.uaa.mx/index.php/pirocromo>

Facebook: @pirocromo

TikTok: @revistapirocromo

Instagram: @revistapirocromo

Núm. 34 (2026): Apocalipsis

PIROCROMO es una publicación semestral editada por la Universidad Autónoma de Aguascalientes a través del Centro de las Artes y la Cultura y el Departamento de Letras. Avenida Universidad No. 940, Edificio 214, piso 2, Ciudad Universitaria, C.P. 20131, Aguascalientes, Ags., Tel. (449)9107400, ext. 58205, <https://revistas.uaa.mx/index.php/pirocromo>, revistapirocromo@gmail.com Editora responsable: Sandra Reyes Carrillo. Reserva de Derechos al Uso Exclusivo: 04-2022-042710220900-102. e-ISSN: en trámite, ambos otorgados por el Instituto Nacional del Derecho de Autor. Licitud de título y contenido en trámite ante la Comisión Calificadora de Publicaciones y Revistas Ilustradas de la Secretaría de Gobernación. Impresa por los Talleres de Procesos Gráficos del Departamento Editorial de la Dirección General de Difusión y Vinculación de la Universidad Autónoma de Aguascalientes, Módulo 127, Ciudad Universitaria Aguascalientes, Ags., este número se terminó de imprimir en junio de 2026 con un tiraje de 250 ejemplares. Distribución gratuita.

Las opiniones expresadas por los autores no necesariamente reflejan la postura del comité encargado de la publicación.

ÍNDICE

Editorial

3

Dossier Apocalipsis

> NARRATIVA

El guardián

Ronie Camacho Barrón

04

La última canción

Terciopelo Azul

07

Sólo un botón

Eduardo Honey

12

Telésforo 34

Ivanhoe Herrera de Velasco

16

d. E. U.

Eduardo Carrillo Vázquez

18

La enfermedad del fuego

Arlette Armenta Lira

19

Biocalipsis

Eduardo Honey

25

Nómadas de un mañana pasado

Carmen Macedo Odilón

29

M-30

Eduardo Carrillo Vázquez

34

Todas las vidas importan

Israel Montalvo

38

Palabras que caen como ceniza

Bruno Anzaldo Valadez

42

POESÍA

Traspapelados

Frida Joen Rangel Esparza

32

Los dioses del fin del mundo

Elsa Nidia Mauricio Balbuena

35

OTRAS CREACIONES

Ojalá no existieras

Kobda Rocha

46

Dieron a luz en su cama

Max Pache

24

EXPERIMENTACIÓN

De los niños será el reino del fuego

Eduardo Honey

06

COLABORACIONES GRÁFICAS

Postapocalipsis

Mr. Pulp

22

Gracias por nada

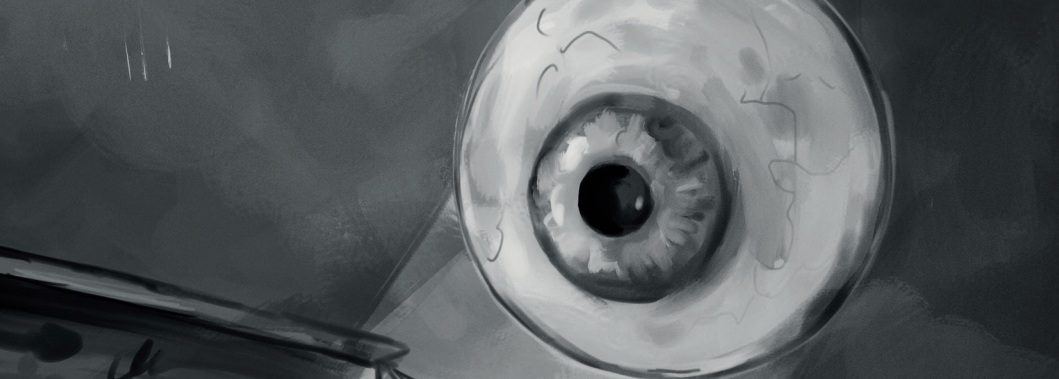
Ío Vereda

15

Satanistas

José Roberto Romo Delgado

45



EDITORIAL

Ralizando un breve repaso por la historia de Pirocromo, tanto los lectores como el equipo editorial se darán cuenta del lugar especial que ha recibido la ficción especulativa entre nuestras páginas, cuyos enfoques van desde cuestionamientos sobre el ser humano como figura central; curiosidad por saber sobre la (im)posibilidad de existencia de mundos con características fantásticas; hasta reflexiones, a veces irresolubles, sobre la propia existencia y muchas otras muestras de ingenio destacables.

Sin embargo, a pesar del amplio catálogo dedicado a estos textos, puede el lector (así como nosotros, reitero) dilucidar a partir de estas lecturas que la escatología y reflexiones sobre la misma son casi ausentes, no han obtenido su lugar, y por ello es que la decisión de crear este número fue tomada.

Es la necesidad de visibilizar y dar espacio hacia a estas inquietudes inherentes a la humanidad de indagar en las posibilidades del fin lo que motiva a este dossier; ser partícipes en el acompañamiento cultural que ha brindado esta interrogante a través del tiempo y las culturas, con enfoques tan diversos como los mítico-religiosos o llamados hacia lo concientización de nuestros actos frente a los grandes cismas de nuestro tiempo. Además, a pesar de las connotaciones pesimistas que envuelven a este tópico, también preferimos dar lugar a textos que, en aprovechamiento del mismo, ofrecen ya sea en su argumento o en su composición, una mirada hacia el apocalipsis como contemplación del mundo en el que estamos y la posibilidad de cambio en nuestro actuar.

El editor



EL GUARDIÁN

Ronnie Camacho Barrón

Licenciado, escritor

El poder llegó a mí, al mismo tiempo en que recibí la sorpresa de que mi esposa esperaba a nuestro primer hijo; todo comenzó con pequeños susurros en mi cabeza, advertencias de cosas terribles que podían pasar y que solo yo podía detener.

Al principio traté de ignorarlos y por mi negligencia, mi cuñado resultó muerto en un accidente de auto. Debí obedecer a los susurros cuando pude y cortarles los brazos para evitar que fuera a esa fiesta.

Entonces lo comprendí, el poder había llegado a mí, no para enloquecerme, sino para darme la oportunidad de convertirme en un guardián que protegería al mundo y lo haría un lugar más seguro para el advenimiento de mi hijo. Desde entonces, comencé a seguir sus lineamientos y previne decenas de catástrofes, como el robo de un banco al incendiarlo, un ataque terrorista en el aeropuerto después de hacer una amenaza de bomba y la caída de un meteorito que impedí disparándole al perro del vecino. Salvé muchas vidas, pero las autoridades no lo comprendieron y cuando se enteraron todas las cosas que hice, me llevaron a juicio.

De no haber sido por mi abogado, que apeló ante la corte que yo presentaba principios de esquizofrenia, hubiera terminado veinte años tras las rejas. Jamás supe de dónde la sacó, pero fue una idea brillante, el único defecto de su plan era que, por orden del juez y tranquilidad de mi esposa, tuve que asistir con un loquero que trató de curar mi “enfermedad” a base de píldoras y largas sesiones. Por más que lo intentaron no pudieron conmigo, fingí tomarme sus absurdas pastillas y durante cada sesión solo les seguí el juego hasta convencerlos de que todo estaba bien.

Al paso de los meses, el vientre de mi esposa creció y del mismo modo, el alcance de mi poder también lo hizo, ya no solo se limitaba a voces en mi cabeza, ahora tenía claras visiones de las cosas malas que ocurrirían y de quienes serían los futuros responsables. Los nuevos

PIROCROMO

4

#34 apocalipsis

males en el porvenir eran más grandes de lo esperado y ya no bastaban los sabotajes ni las amenazas para detenerlas, tenía que llegar más lejos, eliminar al mal de raíz.

Fue así como la cacería comenzó y fui detrás de todos aquellos hombres que conspiraban para traer el fin del mundo, como ese reportero del canal cincuenta y siete que encubría los movimientos de los reptilianos, el alcalde que a cambio de poder vendió su alma al diablo, y el director de un hospital que en secreto fabricaba un virus mortal.

Hice eso por varios meses y cada vez que asesinaba a otro, las advertencias de mi poder disminuían, hasta el punto de que, para el día del nacimiento de mi hijo, llevaba semanas sin tener una visión. En contra de todo pronóstico, había logrado mi objetivo, hice del mundo un lugar seguro para él, o al menos eso pensé, hasta que lo sostuve entre mis brazos.

Apenas entramos en contacto vi la peor de mis visiones, el mundo convertido en un caos llameante consumido por la guerra, donde un hombre parecido a mí, pero con los ojos de mi esposa, se alzaba sobre un trono de cadáveres y sangre.

“¡Mátalo, mátalo, mátalo!”, el poder comenzó a ordenar en mi cabeza, y por primera vez en mucho tiempo, no supe qué hacer, me esforcé tanto para proteger la seguridad del mundo, solo para enterarme de que al final sería mi propio hijo quien lo destruyera. Finalmente tomé mi decisión y comencé a estrujar al niño entre mis brazos con el fin de quebrar su cuello, pero antes de que pudiera aplicar la fuerza necesaria, los médicos intervinieron y me lo arrebataron.

Traté de explicarles lo que pasaba, nadie me escuchó y después de llamar a la policía, fui llevado a un manicomio, lejos de mi mujer y de ese niño.

Ya han pasado veinticinco años desde entonces, ese monstruo se ha vuelto un hombre y yo jamás pude escapar de aquí para detenerlo. Ahora, mientras me preparo para saltar de la azotea, observo a la distancia las explosiones provocadas por las bombas nucleares: aquel engendro ha comenzado con su plan.

Realmente me sabe amargo el sabor de mi fracaso, pero al menos, el mundo por fin sabrá que su guardián siempre tuvo la razón.

De los niños será el reino del fuego

Eduardo Honey

Bajo la sombra de las hojas
un niño emerge
como el sol entre la niebla,
muerde un fruto del que brota el incendio.

Incendio infinito.

—¿Ya lo viste? —señala el piloto del helicóptero la pequeña figura que
está en medio de la destrucción.

—Hay que extraerlo —indico. Descendemos y me preparo
para saltar.

Incendio desesperanza.

No entiendo cómo ha sobrevivido al desastre. Poblaciones enteras carbonizadas; cientos de miles han muerto.

Es extraño: no deja de comer, no se ve angustiado. Planto los pies en la tierra, camino hacia él y paso la cuerda bajo sus brazos. Indico que nos icen. Me ofrece de lo que come; me niego. De él se desprende una llamarada que me envuelve; sube por la cuerda y hace que arda el helicóptero. Caemos todos.

Incendio semilla.

Mordiendo el fruto del fin,
como Lucifer sobre la Tierra,
niños emergen por doquier,
hojas de la sombra apocalíptica.

La última canción

Terciopelo Azul

Lic. en Letras Hispánicas UAA, 5° semestre

Primero, las erupciones masivas. Los 452 volcanes de lo que se denominó como *El Anillo de Fuego* hicieron erupción de manera inexplicable. No cayó un meteorito, ni se formó una nueva Pangea. Mientras 15 países sucumbían a la lava volcánica, los científicos aún buscaban una explicación para el suceso. ¿Qué había causado la actividad simultánea de *El Anillo de Fuego*?

Miles de personas murieron y muchas más buscaron la manera de huir del desastre masivo. Las carreteras estaban atestadas de conductores padres de familia y comerciantes que se negaban a abandonar su mercancía aun en un escenario tan apocalíptico, tocaban incesantemente los cláxones de sus autos y gritaban todo tipo de obscenidades a los de adelante y los de adelante a los de más adelante, y los de más adelante al personal de la guardia nacional y el ejército, que tenían bloqueadas las casetas interestatales.

—¡Déjanos pasar cabrón!

—Le voy a pedir que mantenga la calma, señor.

—¿Mantener la calma? ¡Pendejo!, ¿No estás viendo el volcán allá atrás?

Y era cierto, aunque la explosión más fuerte ya había pasado, el magma seguía descendiendo en una danza lenta pero continua, acabando con todo a su paso. El soldado también tenía miedo, quería irse de ahí, y encontrar a su madre en Puebla, pero aún en las situaciones más difíciles tenía que mantener la compostura.

¿Irse? ¿A dónde? Si todos los volcanes erupcionaron a la vez, no habría zonas seguras, pero dejar a los civiles ser alcanzados por una muerte tan tortuosa como esa no era algo que él contempló hacer cuando se enlistó.

La muerte lo alcanzaría primero, antes que las consecuencias. Y los dejó pasar. Los cláxones chillaron más y más, y los chirridos de llantas se unieron a la sinfonía; pero con ese rayo de salvación, la gente

PIROCROMIO

7
#34 APOCALIPSIS

enloqueció. Pisó hasta el fondo el acelerador, y la colisión de autos más adelante bloqueó la carretera nuevamente. Conductores desesperados bajaban del camino y conducían por los costados de la carretera bloqueada. Algunos se incorporaban, pero unos más seguían por el camino sin asfalto.

Después, los terremotos.

No fue en todo el mundo, pero fue casi inmediatamente después de las explosiones. Las placas tectónicas decidieron que ellas también chocarían entre sí sin razón aparente. Todas las ciudades se sacudieron, y los edificios que no cayeron, quedaron a niveles desiguales. Se abrían grietas en la tierra, se tragaban un buzón del correo, un auto, y escuché decir que por donde pasa la falla de San Andrés, varios edificios sucumbieron entre la tierra abierta. Todos los godínez que buscaban el sustento para sus hijos en las “elementary schools”, simplemente se esfumaron por esa grieta.

Incluso el chófer inmigrante, que llevaba quince años trabajando en Estados Unidos para mandarle dinero a su familia en México. Escuchaba la radio con las noticias al momento: los volcanes erupcionaron. Su casa estaba cerca de uno; llamó y llamó al número de su mujer, y al de sus chiquillos (que ya usaban celulares contra su voluntad) pero nadie respondió. Agarró el rosario colgado en el espejo retrovisor y se puso a rezar. Condujo más rápido, intentando llegar a la frontera. Qué importaba no volver a tierras americanas, ni el cargamento que tenía que entregar dentro de dos días; quería ver a su familia.

Pero cuando conducía por la carretera de Santa Clarita en California, la falla de San Andrés se lo tragó. No quedó más, ni una llamada, no más que un grito desesperado. Solo el eco de la última avemaría que salió de su boca.

Y ni hablar de las costas. La temporada navideña albergaba a miles de turistas en las costas de México, que sucumbieron ante las olas masivas. Hablamos de familias completas, que aparentemente no les interesó mirar las noticias ese día mientras desayunaban. Aunque lo hubieran hecho, se trataba de olas que devoraron ciudades costeras completas en cuestión de minutos. ¿Qué quedaba, más que un flotador Arcoíris reventado, flotando en la superficie del agua arrasadora?

Las redes de comunicación y los sistemas de electricidad cayeron, si no es que todos, la mayoría. No había manera de saber qué estaba pasando; y el pánico no hacía más que incrementar. Todo parecía perdido.

Y así, tan de repente como inició, se terminó. Los volcanes se apagaron de nuevo, la tierra se quedó quieta, las olas amainaron en un vaivén como harían cualquier día de verano.

¿Y qué se podría reconstruir en una tierra partida a la mitad? Mandatarios políticos aparentemente buscaban una solución viable para la población que había sobrevivido. Pero sobrevino un nuevo problema: con los volcanes apagados, los gases volcánicos y la ceniza comenzó a elevarse.

Imagina las cenizas de 452 volcanes masivos. Respirar se volvió un problema. Los sobrevivientes comenzaban a enfermar: sus pulmones estaban tapados de ceniza, como si hubieran fumado todos los cigarros de los aparadores de todos los centros comerciales del estado en un día. Algunos otros perdieron la vista

¿Y qué agua potable iba a haber? Los terremotos reventaron la mayoría (si no es que todas) las tuberías y el sistema de drenaje de las ciudades. Pero el asfixiante olor a mierda era el menor de los problemas.

Sin agua, los campos de sembradíos que sobrevivieron a los terremotos, se perdieron. Ahora estábamos en una lucha contra el tiempo. Lo que quedaba de alimento era lo que había sobrevivido a la catástrofe, en las pequeñas tiendas de conveniencia y supermercados abandonados. El pánico hizo que las personas, lejos de unirse para sobrevivir conjuntamente, se comenzaran a atacar unas a otras. Mataban por un paquete de galletas de animalitos, esas que luego todos rechazaban. ¿Por qué elegir galletas de animalitos si puedes elegir galletas de chispas de chocolate?

Con las cenizas cubriendo el globo, los rayos del sol se filtraban débilmente. Cuando antes, los rayos solares te hubieran requemado el cuerpo mientras vendías paquetitos de pistaches en las avenidas, hoy apenas lo alcanzabas a ver. Parecía que siempre eran las 7 de la noche, cuando el sol empieza a bajar, y cuando verdaderamente era de noche, la oscuridad era tanta que te hacía dudar de si te habías quedado ciego. Con la poca luz solar, las temperaturas bajaron hasta los 10°C en lugares templados y calurosos, y hasta los 50° en las regiones montañosas y frías. Ya no podías prender tu aire acondicionado, porque ya no tenías electricidad.

Yo me había ido de intercambio a Columbia Británica en mi penúltimo año de universidad. Las clases habían terminado y sería la primera vez que no pasaría navidad con mi familia, pues no podía costearme dos boletos de avión, por lo que tenía unas seis semanas para

recorrer los territorios canadienses antes de iniciar el semestre. Había decidido ir a la montaña Silverthorne, y tomé camino un día antes de que comenzaran las catástrofes globales.

Extrañaba a mi familia, y mi mamá siempre me enviaba fotos de mi gato esperando que volviera, siempre echado en la cama pulcramente tendida, y videos de mi papá y mis hermanos sacudiendo las extremidades en lo que parecía un intento de natación, en las costas de Manzanillo, en Colima.

Cuando escuché la radio analógica, me di cuenta que ya no había una casa a dónde volver. Llamadas (muchas) que se iban directo al buzón de voz me quitaron las esperanzas de ver a mi familia. No había manera.

En Columbia Británica sí hubo terremotos, y los tsunamis alcanzaron las ciudades costeras, pero la actividad volcánica era casi nula.

No podía respirar bien, hacía días en que había bebido una gota de agua, y lo último que me quedaba era un paquetito de galletas saladas. El frío era tal, que apenas con todas las chamarras que tenía podía calentarme algo. Mi mamá fue la que me obligó a llevar tantos abrigos, siempre temiendo por mi bienestar y por el clima en Canadá.

¿Qué me quedaba? Una familia perdida y una muerte casi segura. No me juzgarás por querer aferrarme a lo último que me quedaba en un mundo al borde de la extinción: si iba a morir, al menos iba a cumplir mi fantasía infantil: esquiar en una montaña.

Cuando empezaron los terremotos, la gente que estaba vacacionando como yo, también se movilizaron, los camiones volverían a las ciudades en busca de refugios seguros. Yo me quedé.

Al final ¿a dónde volvería?

Tomé el equipo de esquí: unos guantes negros, dos bastones puntiagudos, visor y casco blancos, las botas de esquí moradas del aparcador, con todo y la etiqueta, y los esquís.

Eché a mi mochila lo que quedaba de alimento en la máquina expendedora (si salíamos de esa, pagaría por el cristal roto y las galletas ultra procesadas que había consumido los últimos días). Luego tomé rumbo a la cima de la montaña.

El frío me entumecía, aun bajo todas las capas de ropa que llevaba puesta. Cada tanto tenía que limpiar el visor, que se llenaba de cenizas. Sentía el aire más pesado y me arrepentía de haber salido, pero no había vuelta atrás.

Me tomó todas mis energías subir hasta la cima; me senté y abrí las galletitas. Mis piernas flaqueaban, y ni de chiste podría sostenerme para bajar esquiando.

El horizonte, antes blanco y azul, ahora era gris y marrón. La nieve me helaba y adormecía las extremidades. Era mi fin. Sentí que mis orejas se taparon, hablé, pero mi voz era apenas un eco. Me acosté en la nieve, en la cima de la montaña y miré al cielo. No supe si la voz salía de mi garganta o sólo se reproducía en mi mente, pero creo que comencé a cantar.

*And now the end is near
And so I face the final curtain
My friend, I'll say it clear
I'll state my case of which I'm certain
I've lived a life that's full
I travelled each and every highway
And more, much more than this
I did it my way*

Así, en medio de mi ensoñación, la tierra se sacudió de nuevo. Y la cima de la montaña Silverthorne me tragó.

*For what is a man, what has he got?
If not himself, then he has naught
To say the things he truly feels
And not the words of one who kneels
The record shows I took the blows
And did it my way*

PIROCROMIO



#34 APOCALIPSIS

SÓLO UN BOTÓN

Eduardo Honey

Por fin Martí puede sonreír. Tras un largo peregrinar desde Monterrey, Nuevo León, ahora se encuentra frente a la Casa Blanca. Por detrás dejó a los jinetes del apocalipsis que cabalgan en pos de un anticristo que se les perdió; a fanáticos de la iglesia de *Mad Max*, intentando apropiarse de las últimas reservas de gasolina; rebaños de zombies pastoreados por narcos para que se usen como abono de marihuana, coca y opio; *minutemen* en pugna constante con “kukluxklaneros” por demostrar quién es el blanco entre los blancos entre muchas otras minucias más.

Desde que se encontró al Texanito del servicio secreto que huía al sur, Martí soñó con seguir las instrucciones que el *gabacho* comentó y encontrar la sala con esos cadáveres que dejó por detrás. El *gringo* le dijo que fue él quien apagó las luces y cerró la puerta de la Casa Blanca a sus espaldas, mientras masticaba una carne asada con chilaquiles que Martí le preparó (lo último que le quedaba en casa).

Así que, tras perder a su esposa por la plaga de langostas, que se llevaran reclutados a sus dos hermanos para defender la soberanía del Sultanato del Norte, que su padre muriera empachado y su madre lanzara su último y débil suspiro a causa del virus del año, Martí empacó sus cosas en una mochila, encontró el mejor calzado posible e inició su camino a los *yunaited* como turista del fin del mundo en un recorrido que le llevaría unos tres mil kilómetros.

Fue fácil cruzar al otro lado en Laredo ya que no hay frontera, mas que las aguas rojas por la sangre y que inundan la planicie a ambos costados del Río Bravo. Aprendió a filtrar la lluvia ácida que cae de vez en vez, así como a cazar langostas que, aunque crujen demasiado tras tostarlas, no le saben tan mal.

Con los narcos ubicados en San Antonio no hubo tanto problema, pidió chamber y durante un tiempo, junto con otros *beaners*, estuvo pastoreando un pedido de veinte mil zombies que solicitaron en

Detroit. Sin altibajos mayores, logró cruzar Austin, Dallas, Memphis y se despidió de los cuates en Nashville.

Escondiéndose en ocasiones, tomando atajos, matando a uno que otro un día sí y otro no, logró avanzar por Tennessee. En un acto de ingenio mexicano logró robar un auto recién abastecido a los “madmaxianos” en Knoxville y corrió hasta que ya no hubo más combustible. Los acólitos de esa iglesia desistieron cuando vieron que perderían más que lo que ganaban si lo intentaban alcanzar en esa alocada carrera. En Roanoke dejó el auto y continuó a pie su camino. Apenas empezaba el invierno, pero el clima no bajaba de 40 grados a la sombra.

Los últimos cientos de kilómetros fueron tanto a pie como en bicicleta cuando hallaba alguna. En ocasiones, no importaba si fuera día o noche, de vez en vez en el cielo aparecía alguno de los cuatro jinetes aullando de desesperación. Una noche, mientras Guerra cabalgaba cubierto de llamaradas y lamentándose de forma tal que retumbaba el bosque, el tipo que venía de Birmingham le dijo que un predicador había anunciado un fin del mundo que se cebó. Martí, extrañado, le expresó que no le entendía. El tipo nomás contestó que, entre tantos miles de millones de personas en el mundo y ante varios apocalipsis en simultáneo, no se sabía a ciencia cierta si el carajo se había llevado al anticristo o todavía seguía vivo por allí bien perdido de sus deberes.

Tras estos avatares, Martí se encuentra cara a cara ante la reja y el inútil muro de láminas que rodea la Casa Blanca. Rodea el perímetro y encuentra, exactamente donde le dijo el Texanito, la lámina suelta que puede deslizar para entrar al jardín. Luego, como si fuera un paseo tranquilo por el parque, camina entre el pasto ya bastante crecido y llega a la puerta cerca de la oficina oval. Entra, avanza por unos pasillos, baja unas escaleras, otros pasillos más y luego una larga escalera que desciende metros y metros bajo tierra.

Llega a la puerta del búnker presidencial. Ilumina el borde y nota que esos casi dos metros de metal y reforzamiento no cierran totalmente. De nuevo el Texanito dijo la verdad. Deposita la lámpara en el suelo y, tras unos veinte minutos de esfuerzo, logra deslizarla lo suficiente para abrir un hueco donde puede pasar. Regresa por la lámpara y entra. De nuevo sigue las instrucciones y llega donde están los restos momificados del expresidente de esos Estados Unidos ya en el olvido, de algunos generales y de varios agentes tirados en el suelo. Hace años que la sangre se secó. Se aproxima al sillón donde yace la momia

ex-presidencial, la tira a un lado y pulsa varios botones en el teclado que tiene frente a él. Las luces se reactivan, las pantallas se encienden y algo de aire corre por el sistema de ventilación.

Marté sabe que hay víveres y energía suficiente para el resto de su vida, pero eso no es lo que le interesa. El general de cinco estrellas tiene frente a sí un enorme portafolio. Está abierto y contiene una pantalla, dos llaves y un teclado.

El Texanito le dijo que prácticamente todo estaba listo cuando empezó a disparar, matando a todos los sobrevivientes que estaban en la sala. Que sólo bastaba pulsar el *enter*, acción que Marté hace sin dudar. Luego escribe *YES* y pulsa de nuevo el *enter*. Tranquilo, recoge sus lámparas, se despide de las momias y regresa al jardín de la Casa Blanca.

Después de que el Texanito le dijo todo lo anterior le hizo prometer a Marté que le daría el tiempo suficiente para llegar a Oaxaca y reencontrarse con la familia que nunca emigró a los yunaited. Tras que Marté se lo juró, el Texanito concluyó:

—Ya sabes, mano, nomás que salgan los misiles intercontinentales de los gringos, de inmediato alguien, en los búnkeres chinos, rusos, israelíes y coreanos dirán lo mismo que tú: que todo se vaya a la chin-gada, y verás antes de una hora todo el espectáculo.

Marté se tira en el pasto crecido y mira al cielo. En un rato más iniciarán los fuegos atómicos y el mundo, ahora sí, se aniquilará por mano de los propios hombres y no de todos esos locos que nomás andan por allí sin lograr concretar un final como es debido.



TELÉSFORO 34

Ivanhoe Herrera de Velasco

Docente de inglés

Anotaciones sobre el día del juicio.

Telésforo, 34 años.

¿Qué le dijo la Juana que yo sabía? Porque la verdad, la mitad está medio inventada porque yo quería que me aceptara la salida a cenar y pues había que tirar cara de interesante, yo qué iba a saber que ya no se iba a poder. O sea, mire, sí estuve allí, pero no estuve allí, ¿me entiende? Porque estuvimos varios, pero llegó un momento en que ya estuve viendo de lejitos. El que sí se pasó de aventado fue el Mario, ese güey sí era valiente, pero también pendejo, porque, por avorazado, abrió la puerta de golpe y fue al primero al que achicharró el fuego, al menos de los que estábamos afuera. Adentro yo creo ya había muchos chamuscados. No, pues todos los demás empezamos a dispararle agua al edificio, medio atinándole y medio haciéndonos pendejos ya cuando nos hizo efecto el miedo. Y es que el Mario era nuevo, joven y con enjundia, de apenas veintitrés, y uno ya no se cuece al primer hervor, ¿sí me entiende? La primera vez que me tizné las nalgas se me quitaron las ganas de hacerle al valeroso, por eso, cuando La Máquina empezó a salir del suelo y chuparse el agua de las mangueras, me eché a correr. No es cierto, le miento, yo creo que sí fue un rato antes, ya me andaba echando para atrás desde lo de Mario y el fuego, yo creo. Antes de que se empezara a hundir la tierra y dejara el boquete ése que avienta luz verde.

¿Esto va a salir en algún lado, en las noticias y eso? ¿Todavía se puede ver algún canal? Porque si sí, póngale que se lo dijo, “anónimo”, que a la Juana yo le conté otra cosa y no quiero quedar mal, no es que importe demasiado, quién sabe si nos manden al mismo lugar, pero pues que me recuerde *macho* y mucho, ¿no? ¿Que qué estuvo más feo? Pues todo. Los gritos. El olor a carne quemada, eso siempre, no nomás ese día. Y es que llegamos tarde y éramos poquitos, cuatro fulanos y

un camión viejo contra el fuego y La Máquina, ya el ejército y la poli llegaron cuando todo había valido madres.

Pues es que ya tampoco se podía vivir de esto, menos desde que pusieron el complejo ése y se volviera cara la vida, ya nomás ahí nos fuimos quedando sin bomberos, polis, ni enfermeras, sólo puro chavito de los que trabajaban allí moviéndole al “gugl” y al “chatyipi-ti”. Una vez estaba *mesereando* en mi otra chamba y uno de esos morros me sacó plática, yo creo ya estaba bien ebrio, y me cayó bien, pero no le entendí mucho, que le iban a quitar lo “buenito” y lo “guouc” a La Máquina. Me disparó un pisto y se fue al privado con una de las muchachas. A esos chavos la Juana sí los conocía porque iban seguido ahí al bar en que nos conocimos, les servía sus tragos, les bailaba y se reía de sus chistes malos. No crea, sí me pone triste pensar qué será de ella, porque será bonita, pero no mamona, tiene linda sonrisa y es bien interesante, quería ser bióloga y te platicaba de los animales y las plantas y las bacterias. A mí no me importa a lo que se dedicara, total, ya todos vamos a empezar de cero, ¿no? Pues los que alcancemos a llegar, ¿verdad? Que yo a usted la veo muy confiada, con su chalequito del *New York Times*, pero allá también se los tragó la tierra, ¿a poco sí le van a pagar por esto que está escribiendo? Yo creo que ya a ninguno nos va a llegar la lana.

D. e.U.

Eduardo Carrillo Vázquez

Escritor

A Josefina, su MICTLÁN d. EU le llegó casi dos meses después de la fecha estimada por el Instituto Mexicano del Seguro Social, sin repuestos necesarios ni tampoco algún tipo de instructivo. La viejita ‘taba *retecontenta*, de cualquier modo.

Nuestra burocracia eternizaba y participaba en la eutanasia aplicando la única receta conocida: negligencia y amor al pueblo con huevos estrellados en cohechos.

A pesar de todo, el futuro estaba aquí para desayunar con un concón: d. EU.

—¿Lista para el eterno descanso?

—Estoy muy nerviosa, doctor.

—Pero si va a pagar su muerte a crédito...

El MICTLÁN d. EU era la mejor experiencia de vida conocida en México. Pasaba el plumero por la casa, llenaba la alacena y cocinaba una última cena, hacía las facturas y escribía y litigaba los asuntos legales de morirse. Un lujo que costaba los ahorros del Afore, pero mantenerlo desangraba Fonacot, Infonavit y Crédito Coppel de sus familiares.

La mejor experiencia de vida para Josefina sería su muerte según el IMSS. Sus hijos eran mayores. Dos fueron purgados por el partido de los Tres Poderes: el homosexual y el morenito. Los cuatro restantes, pálidos y tradicionales, se dedicaban a la vida con prejuicios: cucara macara títere fue.

Eso los llevó a tramitar la pensión para su madre varios años atrás, afirmándose desde entonces la ulterior intervención del gran logro médico y financiero mexicano luego de la caída de la meca farmacéutica: E.U.

América para los americanos, al fin y al cabo, de un desastre nuclear provocado por ellos mismos: *Asnos estúpidos*, vaticinó alguna vez un precursor sobre las leyes de robotcitos.

La enfermedad DEL FUEGO

Arlette Armenta Lira
Lic. en Letras Hispánicas UAA, 9° semestre

O lía a carne quemada. Las calles, las casas, el viento... todo se impregnaba de ese olor nauseabundo, y es que, las personas se estaban quemando y no metafóricamente, estaban ardiendo de verdad.

Al principio, creímos que era un accidente, las primeras noticias hablaban de víctimas calcinadas como si se tratara de episodios sin conexión, pero cuando la quinta, la décima, la trigésima persona ardió en plena vía pública, las ciudades se volvieron un caos. Luego, los científicos le dieron un nombre a aquella anomalía: *la enfermedad del fuego*.

Tras incontables decesos, estudios y observaciones, declararon que se trataba de un problema provocado por el calor, y revelaron las distintas etapas por las que pasaba la enfermedad antes de que el sujeto terminara prendido en llamas.

La temperatura alta era el primer síntoma. Más de treinta y nueve grados podía significar que corrías peligro, por lo que deberías intentar bajarla lo más pronto posible (se recomendaba tomar baños de agua fría y usar compresas de hielo).

Luego, si no lograba bajarse la temperatura a tiempo, comenzaba la sensación de ardor en el cuerpo. Se describía como si te estuvieses quemando por dentro, un síntoma que empezaba como algo molesto, pero que terminaba convirtiéndose en algo insoportable. Era posible que este mismo malestar en el sujeto, y la desesperación por deshacerse del ardor, provocaran el siguiente síntoma: la agresividad.

En muchos de los casos, los testigos declararon que las personas a las que ayudaban a tratar el ardor y la temperatura (hijos, hermanos, pareja o amigos) luego de un rato se ponían violentas: gritaban, insultaban e incluso comenzaban a golpear y aventar cosas. Una vez desatada la agresividad en el sujeto, este no tardaba mucho en perder por completo la cordura, por lo que varios de los testigos llegaron a ser atacados y se vieron obligados a huir y pedir ayuda.

PIROCROMIO

19

#34 APOCALIPSIS

La última fase ya la conoces, lector: el cuerpo del sujeto terminaba por colapsar y hacía combustión.

Parece que el calor es capaz de trastornar la mente y desquiciarla, de afectar el funcionamiento correcto del cuerpo. *Se puede morir de calor*, y no solo se trata de una expresión de queja. Mas el hombre, año tras año, subestimó su peligro e ignoró las primeras señales de advertencia: los múltiples golpes de calor entre los ciudadanos, los incendios forestales, las sequías, las carreteras derretidas y la temperatura infernal que prometía ponerse peor. No consideró que solo tenemos un lugar en el que podemos vivir.

Pero ni aun con personas prendiéndose en llamas por las calles se hacía algo para ayudar con el calentamiento global, la raíz del problema. Antes, se compraron todos los ventiladores y aires acondicionados que había en el mercado; comenzaron a venderse y desarrollarse filtros solares, que decían evitar que la gente se prendiera en llamas (y que prometían no ser dañinos para la piel); suplementos alimenticios; ropa a prueba de rayos UV, que tenía pequeños compartimentos de gel refrigerante, y que, por supuesto, estaba “a la moda”; paraguas, gorras, y una larga lista de etcéteras.

A pesar de todas aquellas invenciones, las calles olían a muerte, y no había ningún producto que evitara dicha peste.

Las plantas y los animales no tardaron en unirse a los humanos. Por todas partes se observaban nubes oscuras que indicaban un deceso más (un árbol, un perro, una persona, un bebé): una prueba de que algo se estaba haciendo mal, una señal de humo ignorada.

Algunas personas temían salir a la calle, pero lo cierto era que muchos morían incinerados en sus casas. La ciudad, nacida de un baño de cemento y metal, se había convertido en un gigantesco horno; desprovista de árboles o simple tierra, era el lugar perfecto para incinerar humanos. Sólo con caminar en ella podías notarlo, sentir el calor de sus entrañas, brindado por el sol y almacenado en el pavimento y los muros de las casas.

Lo noté hace unas estaciones atrás, mientras daba una caminata vespertina. Todavía vivía en una zona que poseía un terreno lleno de árboles (antes de que se llenara de edificios); y, apenas crucé esa fina franja entre fraccionamientos y terreno, sentí la diferencia. Y eso que sólo eran unos metros de distancia entre uno y otro, pero la frescura con la que me recibió el viento y los árboles fue abismal.

Las personas buscan refugio de la enfermedad en sus casas con aire acondicionado y en dudosos productos para la piel, cuando el verdadero refugio ha estado ahí desde un principio, desde antes de que nosotros apareciéramos en la Tierra: la naturaleza.

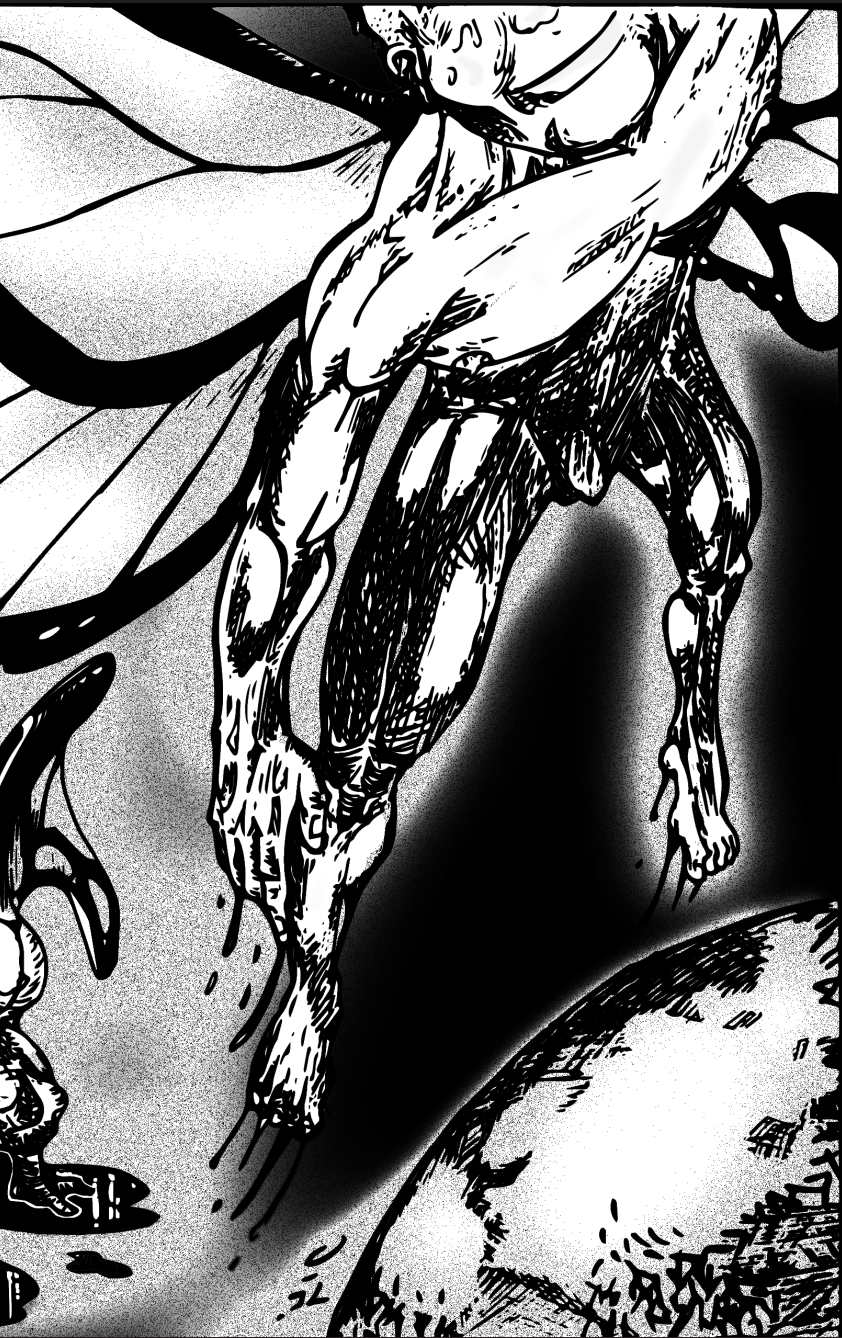
Y es gracioso que la naturaleza no se venga de nosotros y sea la que nos esté matando, sino que hayamos sido nosotros mismos los que provocamos que las personas y todo a nuestro alrededor comenzara a sucumbir por el calor, por las llamas del infierno que creamos.

Pienso que esto debería abrirnos los ojos, hacer que nos demos cuenta de que estamos construyendo mal las ciudades, y que las estamos convirtiendo en una tumba de cemento. Solo me pregunto: ¿era necesario esperar a que la primera persona muriera, que nuestra visión se bañara de fuego, que nuestro olfato se inundara con la fetidez de la muerte, que sintiéramos el bochorno y la locura para darnos cuenta?

¿Era necesario esperar a ver cómo la pequeña, y aparentemente inofensiva, llama se hacía más grande hasta convertirse en un colosal incendio imposible de apagar?

Aparentemente sí, porque parece que el mundo tiene que arder para que algunos abran los ojos.





Dieron a LUZ en su Cama

Max Pache

Lic. en Informática y Tecnologías Computacionales UAA, 3º semestre

Onironauta

~ Se despertó entre pesadillas.

Las cresas nacían de entre los hilos. ~

Volteó la almohada, hervía.

Nosotros nos disolvimos

entre tejido liso,

descendimos del ceso

¿De dónde vino aquel sueño?

Allá fuimos [...]

Consumidos por larvas que

crecían en pocos segundos,

flotamos junto a cadáveres de cresa hambrienta.

Nos deformamos en unos cuantos gritos.

~ El café exquisito y caliente,

el relieve y los ríos que navegamos

con su nombre en la boca

en ese reflejo sobrio. ~

Pero nos derretimos desde antes en la mordida al pie de cereza.

~ A mediodía fruncía su humor vítreo ~

[...] de los cuerpos flotantes.

Indistinguibles de las larvas ahogadas

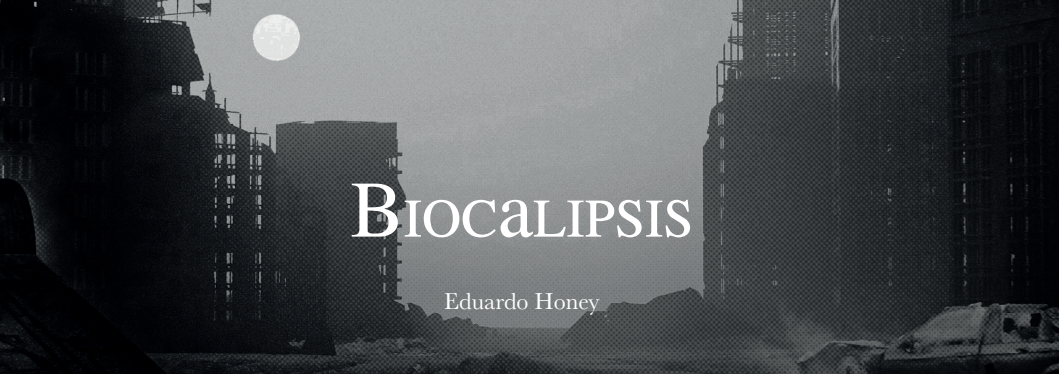
que plantaron sus cresas en su cama

y lo acompañaron en el desayuno.

PIROCROMO

24

#34 apocalipsis



Biocalipsis

Eduardo Honey

Carol tomó el hacha de doble filo del suelo con algo de trabajo. No pude ver con claridad su rostro a través de la empañada transparencia de su casco-capucha. Sin embargo, denotaba resolución por su forma de moverse dentro de su *biohazmat*, el traje de protección ante peligros biológicos que debemos usar en el exterior. Como si no existieran, dejó atrás los gigantescos cuerpos de Miguel y Gabriel. En el cielo la legión de ojos malditos nos observaba con placer.

Le indiqué a mi pelotón que recogieran la espada angelical y que avanzaran en fila tras ella. Quería examinar los restos de ambos arcángeles. Empecé por Gabriel. Sus alas estaban apenas cubiertas por deshilachadas plumas, el color blanco se había tornado a un marrón hígado con manchas algo más claras. Al examinar de cerca, pude apreciar los minúsculos artrópodos de siete patas que habían encajado sus quelíceros en la estructura plumaria. Sorbían lo poco del hálito de divinidad que quedaba al tiempo de excretar miles de huevecillos que se pegaban por doquier.

Presté atención al rostro: dentro del humor vítreo de los ojos firmamento nadaban figuras vermiformes cubiertas de escamas y espinas, en la piel de la mejilla salían multitud de delgadas patas en cada forúnculo del grueso de mi pulgar, los labios estaban secos y al entreabrir la boca noté las encías cubiertas del líquen verde excremento.

Tuve que retirarme unos metros al notar que el abdomen se hinchó súbitamente, no quería ser salpicado de más. La micótica inflorescencia surgió de golpe, arrojando putrefactas vísceras angelicales por doquier. Algunas golpearon mi traje amarillo y dejaron una estela sanguínea, espesa y pegajosa, conforme se deslizaron al suelo.

En cada punta de la inflorescencia fúngica estaban plegadas las capuchas del hongo. La estructura empezó a pulsar al absorber la sangre del cuerpo y así hinchar los hongos. Cerré el audio externo para evitar escuchar su canto mientras extendían sus capuchas. Uriel, antes

PIROCROMIO

25

#34 Biocalipsis

de morir en uno de nuestros laboratorios, alcanzó a decirnos que será maldito aquel que escuchara los *necrocantos* de la plaga.

Al notar que el cuerpo de Miguel seguía el mismo destino, opté por alejarme y alcanzar a mi grupo. Sabía bien lo que pasaría con la inflorescencia: en cuanto maduraran los hongos lanzarían el grito *mandragórico* y de sus alas las esporas tentaculares serían vomitadas por millares. Cada una aletearía con sus minúsculas y diabólicas alas en búsqueda de su siguiente víctima-huésped.

Cuando se abrieron los sellos fue que las huestes divinas de ángeles, encabezadas por los arcángeles, descendieron para el combate final. Traían consigo el pecado de la ira y del orgullo así que no nos escucharon. Creían que seguíamos siendo esas entidades creadas con barro en el jardín primigenio, que éramos seres básicos, primitivos y que debido a nuestro libre albedrío habíamos perdido la fe como el camino a la salvación.

Por eso se negaron a recibir el equipo que preparamos desde que Guerra nos susurró sus sueños de armas y destrucción. Sí, resultamos más malditos y nefastos que ese jinete, por lo que tras un esfuerzo descomunal logramos rastrearlo y anticipar el siguiente punto para lanzar la insensata locura de pelear y destrozarnos. Descubrimos que, a pesar de ser un ángel caído, su *antidivinidad* no resistió cientos de megatonnes. Dejamos inhabitable la mitad de África.

Hambre estaba derrotada desde que llegó. Con cuarenta mil millones de personas en el planeta no bastaban los recursos ni nuestra tecnología. El 95% apenas comían lo suficiente a diario como para seguir vivos. Dejé de recorrer el mundo tras descubrir su inutilidad y fue cuando Azrael lo ensartó para quemarlo con la zarza ardiente.

Nuestro problema principal era Peste: recorría una y otra vez el planeta como si fuera un bólido color excremento amarillo. Extendía por detrás una estela de decenas de kilómetros. De esta caían plagas víricas, bacteriológicas, fúngicas e insectiles. Algunas eran nuevas como aquella que precipitaba el hierro de los tejidos en pequeñas agujas que se enterraban en su sistema sanguíneo. O la que recién detectamos: crecían cristales de obsidiana al interior de los órganos y te rebanaban desde dentro.

Alcanzo a Carol y el pelotón frente a la entrada a los búnkeres de la zona hospitalaria norte. Con gestos parecen discutir algo, así que me acerco y me indican que están en la frecuencia tres.

—¿Qué sucede? —pregunto.

—Este es el lugar, estoy completamente segura, jefa —me explica Carol—. Los *mesiasmetros* nunca había marcado un nivel tan alto.

Rodolfo se acerca y me lo entrega. Uriel nos enseñó cómo construir estos dispositivos en cuanto se rindió. Con ellos podíamos triangular la posición donde nacería (o nació) el segundo mesías. Esto hundió la fe de buena parte de los creyentes: ¿cómo era posible que a Dios se le perdiera un hijo en mitad del Apocalipsis y se tuviera que recurrir a un *GPS divino* para encontrarlo?

—El problema, jefa —intervino Rodolfo—, es que la puerta está destruida y el interior debe estar totalmente infectado. Nadie pudo sobrevivir.

Maldigo en silencio, medito y ordeno que entremos, que localicemos lo que sea del mesías recién nacido.

Horas después estamos en el área de ginecobstetricia. En una cama reposan los restos del cuerpo de una mujer que fue roída por ratas. Gusanos y artrópodos *daemonia* siguen devorando la carne. El expediente que Rodolfo encontró reza: “María Guadalupe Zumárraga Diéguez [...] 16 años, solicita aborto en el quinto mes [...] complicaciones que la ponen en riesgo mortal [...] realizado con éxito el [...]”. La fecha fue cinco meses atrás lo que implica que daría a luz en el periodo cuando se rompieron los sellos, sonaron las trompetas y se derramaron los cálices.

—Con razón —susurra alguien de la tropa por la radio— el Apocalipsis ha sido un desastre peor, por eso los ángeles y arcángeles estaban tan perdidos. Si había un plan, este se vino abajo.

Estoy por ordenar que nos retiremos cuando Carol nos pide que la esperemos. Minutos más tarde llega con un maletín cubierto de los símbolos de *bio* y *chemohazard*.

—Perdón —expresa ella—, tardé en encontrar patología y más en localizar esto.

Abre el maletín que está lleno de frascos con tamaños diversos que contiene sumergidas en algún líquido el corazón, brazos, pies, manos, ojos y corazón de un feto. También hay placas selladas con muestras de tejidos. Carol rompe el silencio y expresa con enorme reverencia:

—Con solo una célula sana que no haya sido alcanzada por Peste, podemos clonarla en tres días, jefa.

—¿Clonarla?

—Iba a ser niña, jefa. Y si la clonamos será un nacimiento virgen, ¿entiende?

Al salir, la legión de ojos demoniacos en el firmamento nos mira con odio. Lejos, en el horizonte, se acercan el infecto cometa que es Muerte y el *verdiamarillento* que es Peste. Le entrego el hacha angelical a Rodolfo y le pido que prepare un perímetro defensivo mientras informa nuestra situación. Podemos resistir con tácticas nucleares y otras sorpresas que cargamos. Mientras sopeso la espada de Miguel, le ordeno a Carol y a los dos médicos que corran sin detenerse hacia nuestro búnker. En nuestros laboratorios aguarda nuestra famélica y humana esperanza. Quizás solo así podamos resolver lo que no lograron un Dios difunto ni sus exterminadas huestes divinas.

Nómadas de un mañana PASADO

Carmen Macedo Odilón

Lic. en Lengua y Literaturas Hispánicas UNAM, 8° semestre

“El hombre inventó la palabra guerra para excusar la destrucción de ‘el otro’ con el fin de obtener la paz, de ser libre. Ahora, sumidos en un momento de muerte sin conmiseración, como dicta ese instinto asesino que domina a nuestra especie, la siguiente víctima es el planeta. Los que continuamos de pie maldecimos a la sequía, provocada por la tala; a las nevadas e incendios, que se volvieron frecuentes; como si la Tierra, inestable por una ebullición global, al fin tuviera prisa por deshacerse de su especie más parasitaria. El último terremoto acabó con la mitad de la población. Luego vinieron las enfermedades por la radiación que se propagó de los campos de pruebas de armas nucleares a los últimos espacios que se creían libres de contaminantes. El hambre llegó como exterminio, donde el más fuerte devora al débil, incluso si alguna vez compartió la mesa con él. Al final, el tsunami vino para lavar el pecado de nuestra especie. Cada paso que damos, quienes aún sobrevivimos, absorbe la sangre de nuestros muertos, destruye los restos de huesos que de a poco se convierten en polvo, en astillas que se incrustan, vestigios que ansían fusionarse con aquellos elegidos de la casualidad, quienes siguen en marcha buscando una esperanza, o quizá solo prolongando su irremediable deceso”.

Yaga tiene las plantas de los pies moradas y húmedas, insensibles. De a poco, va quedándose atrás —como se dispuso en la formación— cual señuelo para los depredadores que no temen mancharse la boca con la sangre de su especie, con el fin de que, ante un ataque, los demás tengan tiempo para escapar. Su espalda encorvada apenas encuentra el soporte necesario en la barreta que le hace de bastón, donde un paso de ella tarda lo que tres de los otros. Celina volteo tras de sí al no escuchar sus murmullos habituales y constata cuán atrás está la anciana. Silba y el resto del grupo se detiene. La cadena humana hace llegar hasta el final una lata con agua y un ramito de flores marchitas.

PIROCROMIO

29

#34 APOCALIPSIS

“No mucho después del terremoto, me encontraron en la montaña. Mataron a los pocos animales que me quedaban y se los comieron frente a mí, quien durante tanto tiempo los mantuvo a base de hongos, yerbas e insectos; luego se fueron y me negué a acompañarlos. Pensé por primera vez que la muerte humana era un proceso justo y no trágico. Tras el tsunami que vomitó las osamentas metálicas de taladros petroleros y tambos repletos de veneno, decidí que ya no podía vivir en mi refugio y emprendí un viaje en busca de habitantes. Encontré una barreta que me serviría de protección y apoyo, pese a que incluso me costaba levantarla con ambas manos”.

—Yaga, quédate conmigo, vámonos más lento aunque nos perdamos del grupo. Solo en ti confío.

Ante la súplica de Celina, la anciana le convida una flor a la que todavía le queda aroma, y esta desaparece de un bocado.

—Yo estoy vieja, pero tú eres lenta por esa barriga que tienes. El blanco en tu espalda no podría ser más grande, muchacha.

—Quiero que mi bebé alcance a ver una nueva tierra, con ellos o contigo. Ya después podré morir en paz, Yaga.

“La altura de la montaña me salvó, a otros, el naufragio en un punto remoto; unos menos estuvieron en el aire antes de que el mar limpiara la primera capa de destrucción. Dudo de la humanidad de algunos de los que nos guían. A estas alturas pueden ser ángeles o demonios caminando entre nosotros. En mis pensamientos más recónditos, me figuro que Celina hubo de comerse a su pareja antes de que la encontráramos. También le faltan algunos dedos”.

La formación se detiene, la anciana y la mujer la alcanzan. Algunos de los viajeros hacen un círculo en el suelo para encender la fogata y repartir agua turbia para beber.

“Nuestros paseos no son tan largos por la falta de fuerzas. Se reparten hojas tiernas, trozos de corteza y a cada uno se le ofrece una esfera de sangre seca y salada que se desmorona al contacto con la lengua. Yo prefiero mascar flores silvestres que alcanzo a esconder entre los pedazos de tela que me sirven de ropa. Celina escarba en la tierra con su mano incompleta, busca alguna lombriz que llevarse a la boca y solo yo me doy cuenta de la voracidad con que chupa las falanges que le quedan”.

De noche, los viajeros se acurrucan para procurarse calor. Alguno trepa a un árbol y se ata a la copa, otro cava un hoyo y se coloca

ahí con una interesante cantidad de piedras y metralla que lo resguarde. El resto se lamen, besan y frotan para buscar consuelo.

“Celina apesta, lo sé por lo que otros dicen, aunque mi olfato no sirva para constatarlo. Lleva las piernas húmedas por la orina que deja correr por su piel como mecanismo de defensa, incluso me ha pedido ayuda para untar sus extremidades con heces, haciéndome también repelente a cualquier contacto que no sea verbal. Ella y yo contemplamos a los demás desde lejos. Sin mí, ya se hubieran muerto por hambre o por envenenamiento a causa de las plantas que sobreviven de este lado del mundo apenas explorado. Yo los guíe hasta el Valle Aracné, con la promesa de que los nutrientes de esas alimañas les darán fuerzas para aguantar el viaje hasta donde, según sé, quedan los restos de una ciudad a la que el armamento no pudo derribar. La delgada línea entre proteínas y toxinas fatales, por un lado, y la confianza absoluta que dicen tenerme por el otro. En momentos así, creo que hace mucho dejé de ser humana para convertirme en una hija de la guerra”.

En la oscuridad, un estrepitoso aullido despierta a los nómadas.

—Perros... —dice alguien, y todos se emocionan por esas criaturas que tenían meses sin ver. No falta aquel que tantea en busca de un cuchillo.

Cánidos de diferentes tamaños, algunos heridos, otros con el hocico babeante. Los más atrevidos se acercan moviendo la cola en un encuentro donde la domesticación sale a flote pese a la catástrofe. Algunos viajeros se atreven a mostrar un lado cálido que ya habían olvidado. Los perros huelen, se sienten y se escuchan como un hogar, pero ninguno se acerca al rincón donde Yaga estrecha su metal a falta de tacto.

“Los perros ladran, luego aúllan, después muerden, gruñen, chillan, tragan. Arrastran pedazos de cuerpos que no pudieron oponerse a la presión de mandíbulas y colmillos, los humanos que quedaron cubren sus heridas y órganos expuestos. Celina jala para sí una mano que disputa con una perra lactante, y ya no distingo cuál de las dos es el animal”.

—Yaga, quédate conmigo, tengo provisiones de sobra —señala tripas y huesos humanos y no humanos —podremos buscar hongos y flores para ti. Sigamos juntas hasta que nazca. Sólo en ti confío para heredarle un mundo que empezará de cero.

“Y le creo”.

Traspapelados

Frida Joen

Lic. en Artes Cinematográficas y Audiovisuales UAA, 3° semestre

En el hipotético caso de que la tierra se acabara,
¿volveríamos la tragedia en una herramienta para sacarnos de la miseria?,
¿o sólo algunos cuentan con el lujo de soñar con ello?

La ciudad arde.
Inocencia violentada, interrumpida.
Infancia no concretada.
Madres escarbando en los escombros, en busca de sus risas extraviadas.
Traspapeladas.

PIROCROMO

32

#34 apocalipsis

30 personas sin nombre añadidas a la lista de ayer. 30 rostros convertidos en cifras, rostros que al resto del mundo le dan igual.
Aquellos que esperaban la salvación de un futuro que para ellos no llegará.
Fragmentos de vidas pasadas, abandonadas; de pisadas olvidadas entre calles donde ya no vive nadie, donde no puede siquiera existir el recuerdo de lo que alguna vez fue. Caída del orden, nacimiento de otro.

Luego la hambruna como arma.
20,000 estómagos vacíos, todos morirán. Tal vez hoy o tal vez mañana, pero morirán.
Todos y cada uno de ellos morirán, y nadie hará nada. Nadie hará nada.
Sangre quemada en caminos oblicuos.

Flores marchitas.
Tapices desgarrados.
Vivir como acto violento, repartiendo despedidas sin intenciones.

En el hipotético caso de que la tierra se acabara,
¿volveríamos la tragedia en una herramienta para sacarnos de la miseria?,
¿o sólo algunos cuentan con el lujo de soñar con ello?

La ciudad sigue ardiendo.
Más cuerpos sin nombre bajo la tierra.
10 latidos antes del último disparo.
Manos que no tapan el miedo.
Explosivos plantados en el suelo.
Responsables de la agresión sistemática que se quejan de la
consecuencia divina.
La mitad de su cuerpo hecha pólvora como consecuencia.
Recibe atención médica,
con la que las madres para sus hijos solo pueden soñar.
Celebra su cumpleaños número 30.
30 rostros convertidos en cifras, rostros que al resto del mundo le dan igual.
Aquellos que esperaban la salvación de un futuro que para ellos no llegará.
Llora por lo que sucedió después de elegir atacar.
Gargantas rotas que no lograron gritar.

En el hipotético caso de que la tierra se acabara,
¿volveríamos la tragedia en una herramienta para sacarnos de la miseria?,
¿o sólo algunos cuentan con el lujo de soñar con ello?



m-30

Eduardo Carrillo Vázquez

Godín, escritor

Tengo que ir a ver a mis hijos, ya han de haber crecido. Sí, yo siempre los dejo bien comidos. Cuando voy a ver qué puso la marrana, por ejemplo, sigue conspirando M-30, *la pinche cerda*. Le gusta que le jalen del cabello y le digan en la oreja: “Eres una puerca”.

Por eso voy a darle de comer a mis perros, pues los pobrecitos se me salen por las noches a tragar pañales, regar basura y ladrar las calles. La otra vez mataron a un gato, yo había ido a ver qué puso la marrana. Está tramando con insectos blatodeos. Se llaman M-30. Vienen de una galaxia de estrellas de primera generación, son, indefectiblemente, anteriores al sol. Le jalen del cabello y le dicen en la oreja: “Eres una puerca”.

Mis pajaritos volaron del nido porque oyeron un plumazo. A lo lejos cayó el que hacía de carnada para que escaparan. Vago por la muerte buscándolos con vida. M-30. Por eso voy a ver qué pone la marrana. En cuevas urbanas como la canalización o panteones municipales, cucarachas arengan en contra de la mosca de la fruta. Pretenden atacar antes de la guerra nuclear con la que la humanidad se jalará el cabello y se dirá en la oreja: “Eres una puerca”.

Los pasos buscan tu cariño y mi sombra regresa haciendo guiños: el mundo onírico, después de un M-30 intranquilo, la encontré convertida en un blatodeo. Ya puso la marrana. Me gusta que me jale del cabello y me diga en la oreja: “Eres una puerca”.

Érase una vez M-30.

Los dioses del fin del mundo

Elsa Nidia Mauricio Balbuena

Correctora de estilo y traductora en la Community Language Cooperative

En la oscuridad del internet
encontré un libro antiquísimo
traducido del sumerio.

Era un recetario para crear dioses.

Si este libro ha llegado a tus manos

—rezaba la cubierta—

es porque los dioses han muerto

y los últimos días del mundo

están contados.

Una tierra sin dioses

es una tierra de bestias.

Sin un ser divino que escuche

las plegarias

de las criaturas vivientes,

la humanidad se volverá indolente

ante sí misma.

Frases como estas llenaban

las primeras páginas.

Por ese libro supe que los dioses

no pueden existir sin nosotros.

Si reinaron en un pasado remoto,

fue porque los trajimos

desde lo más recóndito de la mente.

Por eso eran retorcidos y violentos.

Ellos fueron nuestro invento y no al revés,

como creímos durante miles de años.

En sentido estricto, son nuestros hijos,

y como todo lo que nace de nosotros,

un día se pudrieron.

PIROCROMIO

35

#34 APOCALIPSIS

Ahora duermen porque los olvidamos,
porque dejamos de llamarlos.
Siempre creí que Dios nos había abandonado
por ser un experimento fallido,
pero los malos padres fuimos otros.

Pensé en la Tierra,
en la tortura de pertenecer
a una sociedad indiferente
donde respirar es una condena.
Y cerré el libro y le prendí fuego.
Cuando vinieron los terremotos y el diluvio,
nadie escuchó nuestras voces
porque los dioses no fueron convocados.
Nadie siguió las instrucciones
para traerlos de vuelta.
Y qué caso tenía de todos modos
si debajo del doblez opuesto de la voz
se asomaban solo el eco
y las mentiras.

Las súplicas y los gritos
y las gargantas deshechas
se convirtieron en cantos de sangre;
alguien destejió nuestras palabras
y las apiló
como cuerpos sin nombre
en la esquina
de los mundos agonizantes y rotos,
a donde tarde o temprano van a parar
las civilizaciones fracasadas,
autodestructivas
y potencialmente peligrosas
para cualquier otra forma de vida.

Era cuestión de tiempo para que el mundo
se sumiera en el silencio,
sin el llanto desgarrador

de la carne cercenada
o el crujir de cráneos asfixiados
por el ruido de las balas
y la risa enferma
de los sedientos de guerra.
Al final, solo las cenizas
recuperando su forma de aire,
habitando las danzas del vacío,
de la muerte y el olvido,
como siempre debió ser.
Al final, elegí ser Dios
y también morí.



Todas Las vidas importan

Israel Montalvo

Se dio cuenta de la razón que siempre tuvo esa frase, la que estaba estampada en la camisa negra del Borrego en letras blancas, resaltada por su enorme barriga. Era una verdad irrefutable, ahora lo sabía, no podía negarlo:

All Lives Matter

Esa frase circulaba por su cabeza recordándole a cada segundo la humanidad que dejaba atrás. Tony agonizaba, había sido infectado por uno de los carroñeros cuando intentaba huir. Se escondió en el baño de una gasolinera, pero no fue lo suficientemente rápido y terminó abatido al salir en busca de ayuda, el carroñero lo dejó a su suerte al darse cuenta que ya estaba infectado. Tony terminó por debajo de un Tsuru averiado. Se había tropezado con la manguera de gasolina del dispensador, el olor de la magna lo desorientó, estaba empapado con ella, y se arrastró hasta quedar debajo del Tsuru. Podía sentir la mutación, el cambio desde sus cimientos, en cada átomo y célula. No temía ser otra cosa, ser humano ya era algo en desuso para la vida, sólo no estaba acostumbrado a los cambios, al menos no estaba solo. El Borrego yacía a metro y medio de él, y pasaba por lo mismo, con su ridícula camiseta negra. Podía ver cómo se retorció su enorme panza y esas letras se contraían, para dentro, para fuera.

Siempre creyó que el Borrego usaba esa camisa para llevarle la contra a los progres del grupo, ellos siempre se hacían los interesantes hablando de corrección política, o la equidad de los *postgéneros* humanos, o sus teorías sobre las protestas en *Yankilandia*, y la represión policial que se había extendido como una plaga por el mundo en esos años, antes de que el virus mutara y la gente empezara a cambiar, a ser otra cosa, algo que se escapaba de esa frase y de cualquier otra denominación humana, aun así, seguían vivos. Amorfos y sin una aparente razón, sólo eran envases vacíos de lo que fueron antes, cuando eran personas.

Ellos eran la mayoría, los nuevos dueños de ese mundo: el ser humano no sólo se había convertido en menos del 5% de la vida sobre ese mundo, estaba en extinción; la evolución los había rebasado y cercado, y la única forma de lograr evitar la extinción era mutar, por eso durante años los que aún quedaban intentaron cambiar, dejar de ser humanos para ser otra cosa.

Durante un tiempo el viejo Tony se hizo acompañar por un grupo de chicos *centennials*, como les gustaba denominarse, eran pésimos cazadores y vivían de lo que lograban saquear de las tiendas de autoservicio. Cuando los encontró se volvió inmediatamente su líder, en el hombre a seguir, no es que tuviera un gran conocimiento; a duras penas, en su tiempo Tony pudo terminar la prepa, rondaba los cincuenta, pero se conservaba bien, a pesar de las canas y arrugas poseía un cuerpo que simulaba andar en los finales de los treinta. La gran característica que lo distinguía de esos chicos (casi una decena cuando los encontró, pero se fue reduciendo hasta solo cinco con el paso de los años), es que, Tony había aprendido a ser paciente y perseverante. La experiencia era su gran virtud. Los *centennials* lo aceptaron como a un padre que sabía lidiar con un grupo de adolescentes quejumbrosos que se la pasaban horas hablando de los últimos juegos que hubo para la PS5, las incluyentes “basuro-series” de la *Nexflix* o las pelis del *MCU*, y cosas aún más absurdas como la “conspiración Iluminati” que originó el virus chino (el denominado COVID-21, que se esparció en el 2027), de la intervención de los grises en un experimento que se salió de control y dio origen a los carroñeros, como denominaban a los mutados, según el Borrego, que era un gordo de pelo chino entrado en los treinta, los carroñeros fueron aquellos que superaron la infección del 2025, según su teoría, o al menos lo que Tony logró entender; la mutación de un tercer brote del virus chino en el 2027 no dio origen a los mutados, pero fue la excusa que usaron “los Iluminati” para darlos a conocer al mundo e incluirlos en esta realidad como parte de su complot, diciendo que eran el resultado de la infección, también creían que el virus no era chino, lo habían creado los gringos en un laboratorio en Guantánamo, parte de un complot mundial para que los USA no perdieran su hegemonía ante los rusos y los chinos, y eran apoyados por los grises, una raza de *extrahumanos* de origen interdimensional, los habitantes del extremo noreste de la espiral que atraviesa el multiverso.

Para Tony no sólo era absurdo y algo burdo, él había sido diagnosticado como asintomático en el 2025 y nada le había ocurrido, pero la mayoría de los chicos del grupo lo creía, al igual que las pocas personas que conoció en esa época mientras buscaban sobrevivir a lo que era ese mundo. La paranoia del Borrego no era nueva, venía de los tiempos de cuando aún existía el internet, los *conspiranoídes* la habían hecho popular en hilos de X (aunque todos lo seguían llamando Twitter) o Facebook; “la gente ya era imbécil desde entonces”, esa frase siempre se le venía a la cabeza al viejo Tony cuando el Borrego o algún otro chico del grupo iniciaba su verborrea y citaban sus fuentes, siempre eran “hilos de Twitter”, o “los videos donde salía un anónimo enmascarado, con esas mascararas que se parecían a la de *La casa de papel*”. Odiaba que dijeran eso, ni tan siquiera conocían la película de *V de Vendetta* ni mucho menos la obra de Alan Moore, pero no deseaba admitir ante ellos que cuando era de su edad leía cómics. Le gustaba la imagen que tenían de él, la de un hombre duro y práctico que se hizo en una vida dura y carente de lujos. A él le gustaba verse así, le ayudaba a aceptar todo lo que se había ido y a lo único que podía aferrarse.

Su vida había pasado ante sus ojos en un parpadeo, no estaba tranquilo como se supone que debía estar en ese momento, como se decía que era el instante previo a la muerte. Eso le indicaba o, que era erróneo ese dato que escuchó a tantos decir en el tiempo que llevaba viviendo o, esa no era su muerte.

Se perdió en un profundo sueño, era como caer en un enorme e infinito pozo, una caída lenta, suave, que al final topó con la vigilia, en donde todo era nuevo, más brillante y vívido y se podía sentir con cada porción de su nuevo cuerpo. No era así como había imaginado que sería ser un carroñero. No era un animal reducido a sus instintos básicos. Su nuevo cuerpo era brillante y transparente como una medusa, podía ver su sistema nervioso extendido, simulando una enredadera por debajo de esa piel que asemejaba una capa de luz, cada uno de sus sentidos se había modificado, al igual que su percepción, su vibración corporal había ascendido a un grado más alto. Ya no sólo habitaba la Tierra de donde venía, estaba en el mundo que los nuevos habitantes de la vida compartían, era una dimensión creada como una red virtual por las mentes de cada uno de los carroñeros, esos cuerpos deformes solo eran carcasas de metadatos, módems orgánicos para la nueva vida, la realidad era una colmena donde cada vida importaba para sostenerla.

El Borre estaba solo. Él pudo aguantar más que el viejo Tony, quien ahora era una deformidad, uno de ellos, un carroñero. En cualquier momento se levantaría y acabaría con él, de eso no le cabía duda, esas cosas no dejaban nada vivo a su paso, todo lo infectaban. Como pudo, el Borrego inspeccionó los restos de su mochila hasta dar con una botella de un cuarto de brandy a medio acabar, le dio un trago antes de romper su camisa y meter el trozo de tela dentro de la botella. Buscó en su bolsillo hasta dar con el encendedor y antes de prender la tela le dio una última mirada a Tony, aterrado con la idea de convertirse en lo que ya era el viejo. Quería morir con estilo, en una llamarada, aún siendo humano, como si fuese una película, sin saber que su escape evadía el paraíso.

Palabras que caen como ceniza

Bruno Anzaldo Valadez

Bachillerato en Artes y Humanidades "José Guadalupe Posada", 5º semestre

No recuerdo cuándo fue la última vez que hablé sinceramente con una persona. Pareciera que el contacto con otro ser humano era más complicado de lo que mi padre solía decir por las noches cuando, un poco tomado, evocaba a la nostalgia. Sus palabras narraban un mundo que parecía tan falso comparado con lo que yo conocía, y nombraba más personas de las que había conocido en toda mi vida; hablaba de lugares llenos de plantas y flores de colores, de otros que se vestían de vegetación como el cobre, y de sitios con agua tan transparente como el vidrio. No me cabía en la cabeza un lugar así, menos cuando había pasado toda una vida manejando en un desierto que nunca termina, extendiéndose hacia todas direcciones; su cielo teñido entre rojo y café, acompañado de la lluvia de ceniza que nunca cesa.

—Fue culpa de las palabras —decía mi padre después de contar unas cuantas anécdotas y describir no sé cuántos lugares. Luego inhalaba profundo y lo exhalaba en un suspiro prominente—. Todo comenzó cerca de un mes después de que naciste. Eras tan pequeño y hermoso... lo más hermoso que había visto en mi vida. Tú y tu madre, con su pelo castaño y ojos cafés como la madera, eran mi razón de seguir adelante a pesar de todo..., lo que me motivaba a ser algo más que un fracaso. Pero entonces llegaron las noticias, y todo colapsó. El fin del mundo se asomó por los cielos junto con la lluvia de ceniza. La verdad, ya ni siquiera recuerdo si fue culpa de un meteorito, una guerra nuclear, el calentamiento global o un apocalipsis zombi. Tal vez fue como en las novelas y películas de ciencia ficción en que la Tierra es invadida por extraterrestres con horribles tentáculos o tecnología súper avanzada... no, más bien recuerdo que fue culpa de las palabras. De las que faltaron... y de las que sobraron. Mentiras. Hipocresía. La decisión de quiénes debían vivir. Claro, eso lo decidieron los de arriba mientras todos los de abajo no hicimos otra cosa más que observar.

Ciertamente nosotros fuimos las palabras que faltaron. Y la decisión fue tomada.

Al mismo tiempo que el cielo se tiñó de rojo y la ceniza empezó a caer, los de arriba partieron en enormes cajas de metal. Algunos bajo la tierra, otros al fondo del mar, y solo los de más arriba, al cielo. Los de abajo, en cambio, sobrevivimos.

Sobrevivimos a costa del otro.

Matar, robar, extorsionar era el pan de cada día. Yo, junto a tu madre y tú -aún en brazos-, intentamos escapar en este mismo y oxidado coche. Pareciera que fuera ayer cuando ella se quedó atrás, mientras me gritaba, desgarrada: “¡Sobrevivan, sobrevivan y vayan más allá de este desierto!” Tras eso, unas cuantas lágrimas rodaron por sus mejillas.

Se levantó, se acercó a mí y me dijo:

—Estoy enferma y no me queda mucho tiempo. Cuando me convierta en ceniza, por favor... ve más allá de las montañas. Allá donde haya campos y ríos... y suéltame como lluvia de ceniza, para que el paisaje sepa que sí llegué. Prométeme que lo harás.

Hacía tres semanas ya que me lo había dicho por última vez, pero se convirtió en el único propósito de mi vida, la única forma de seguir vivo: ir más allá de las montañas. Manejar, parar, dormir, cambiar lo que me sobraba de comida por combustible (mis comidas se reducían a un trozo de pan cada noche). Lo mismo, todos los días, durante un mes y medio. A pesar de que nadie había logrado cruzar ese desierto, yo me aferré a lo único que me quedaba: una promesa. Unas palabras. Al final, llegué. Casi al amanecer, con hambre, sed, cansancio y sueño. Casi sin saber cómo logré pasar las montañas en ese pequeño y oxidado coche.

La escena a mis ojos me dejó sin palabras. Frente a mí, un desierto verde se desplegaba como si no tuviera fin. Pensé en los ojos de algunas personas, tan vivos, tan profundos...

¡No! No era un desierto, aunque lo abarcara todo. Era un bosque.

Un bosque inmenso, como el que mi padre solía nombrar con un respeto casi sagrado. Sus árboles se alzaban a modo de columnas antiguas y la espesura se extendía hasta fundirse con el horizonte.

Jamás había visto algo tan vivo, tan salvajemente hermoso.

Era como si el mundo respirara desde ahí.

Y el cielo..., por primera vez, no era rojo, sino azul. Un azul limpio, tembloroso, que parecía mirar de vuelta. Crucé rápidamente,

y apenas bajé de la montaña vi otro coche. Pero a diferencia del mío, parecía no haber tenido la misma suerte: estaba destrozado. No supe cómo, solo que había chocado contra un enorme árbol. Busqué señales de vida y, al asomarme por la ventana del copiloto, una mujer extendió sus brazos con un bebé en ellos.

—Cuidala... por favor, cuidala. Deja que mi niña sobreviva...

No sé cuánto tiempo llevaba ahí, pero parecía haber guardado toda su fuerza para decir esas palabras.

—Yo... —no supe qué decir. Nunca nadie había dejado una vida en mis manos.

—Te lo ruego... —la mujer reflejaba en sus ojos esperanza, como si hubiera visto en mí algo que ella no pudo lograr.

—Lo prometo —dije. Y justo después, la mujer se convirtió en ceniza.

Tal parece que logró el milagro de vivir hasta encomendar todo lo que le quedaba a alguien más.

Sin otra cosa que hacer, tomé los recursos que pude de ese accidente, puse a la niña en el asiento del copiloto de mi coche, abrí la cajuela y saqué una pequeña caja negra. La abrí y solté su contenido al viento. El cielo era azul. Y ante aquel paisaje dije en voz alta, mientras las cenizas, de quien fue mi padre, volaban:

—Papá, no dejaré que mis palabras caigan como la ceniza. Cumplí la promesa que te hice, pero ahora tengo otra que cumplir, y sé que, al menos, intentaré sobrevivir. Así como tú. Así como mamá. Así como me enseñaste —esperé unos minutos aún contemplando el paisaje, hasta que el llanto de la bebé me alertó. Subí al carro y, tratando de consolarla, comenzó otro día más.

Otro día sobreviviendo.

Sobreviviendo... hasta que yo también me convierta en ceniza.



@monster_hms

Ojalá no existieras

Kobda Rocha

Escritor

Ojalá no existieras. Así, el mundo ya no me necesitaría para nada y yo podría morir en paz o, en todo caso, tendría que inventarme a alguien como tú; pero, para eso, primero tendría que hacer la luz y crear el cielo, la tierra y todas las cosas, y crear también el barro y hacer con él una larvita a mi imagen y semejanza. Luego, tendría que inventar la evolución y el cambio climático para que aquella larvita se hiciera pez y luego anfibio, y luego rata, y luego mono, y luego humano, y, entonces, también tendría que inventar el albedrío y luego la libertad, para que el albedrío fuera libre; y tendría que inventar la consciencia, el diablo, la muerte y la belleza, y entonces tendría que inventar el arte, y luego tendría que inventar artistas, y después tendría que esperar por segundos, minutos, cuartos de hora, medias horas, horas, días, noches, tardes, tarde-noches, madrugadas, resisteros, conticinios, semanas, meses, bimestres, trimestres, cuatrimestres, semestres, años, lustros, décadas, quinquenios, siglos, milenios enteros; y luego tendría que manipular el destino para hacer que tus tatarabuelos se conocieran, y luego tus bisabuelos, y luego tus abuelos, y luego tus padres, y luego hacer que se enamoren, y luego meterte en el vientre de tu madre (porque, si lo dejara a su criterio, jamás se enteraría de que te estarías gestando en su interior); y luego tendría que asegurarme de que nacieras sana y de que crecieras sin contratiempos mayores; y después tendría que encarnar en cuerpo humano para hacer que nos conociéramos, y luego procurar que nos enamoráramos, y luego trabajar muy duro para no echarlo todo a perder.

Pero existes... y es que, es más difícil saber que existes, pero tan lejos de mí, a que si simplemente no existieras.

ÍNDICE DE IMÁGENES



Gracias por nada

Ío Vereda

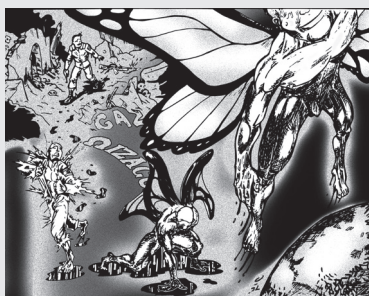
15



Satanistas

José Roberto Romo Delgado

45



Postapocalipsis

Mrpulp

22



¡Síguenos en nuestras redes sociales para
conocer la próxima convocatoria!



INSTAGRAM
@revistapirocromo



TIKTOK
@revistapirocromo



FACEBOOK
@pirocromo